



DE LA MIRADA “FASCINADA” A LA MIRADA DE “CONOCIMIENTO” EN LA OBSERVACIÓN DE UN BEBÉ

Silvia Laura Neborak^{*}, Violeta Fernández^{**}
Martha Weis de Pelegrin^{***}, Mónica Reingold^{****}

Resumen

El objetivo de este trabajo es describir las particularidades del vínculo de una mamá y su bebé y las vicisitudes que tuvo la función de la observadora. Después de un primer momento en el que la mamá evidencia intensas ansiedades de muerte y de sampo, ella arma defensivamente un “refugio psíquico” con su hijo, un santuario sensorial y erotizado en el que queda incluida la observadora. En el proceso de esta observación nos referimos al fenómeno de la fascinación que descoloca de su rol a la observadora impidiéndole pensar. Cuando su mirada fascinada se transforma en mirada de búsqueda de conocimiento asistimos a la recuperación de su capacidad reflexiva. Este segundo momento no sólo rescata a la observadora, también sirve de modelo introyectivo para la mamá.

Palabras clave

Fascinación, observación de bebés, “refugios psíquicos”, erotización, conocimiento.

Abstract

In this paper we have discussed specific properties of a mother and a baby relationship and the observer's vicissitudes. In a first time the mother shows strong death anxieties. Then she organizes a “psychic retreat” with her new-born son, an erotic sanctuary in which the observer is included. In the development of this observation we report fascination phenomena in the observer who lost her thinking capacity.

* Médica, psicoanalista titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, docente del seminario de “Teoría de la Técnica I” y de “Observación de bebés” en esa institución. Dictó también durante cuatro años este último seminario en la Escuela de Observación de Bebés de Fundaih. E-mail: silvianeborak@arnet.com.ar

** Psicóloga, psicoanalista de niños y adolescentes, miembro adherente de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires y docente del seminario de Psicoanálisis de niños en esa institución. También fue docente en la Escuela de Observación de Bebés de Fundaih.

*** Psicóloga, psicoanalista de niños y adolescentes, miembro adherente de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires y miembro de Fundaih.

**** Psiquiatra y psicoterapeuta de niños y adolescentes. Es presidenta de Fundaih y co-directora de la Escuela de Observación de Bebés de esa institución.



When her fascinating look turns in a searching knowledge look, we find that she retrieves her thinking capacity. The thinking observer image serves as an introjective model for the mother

Key words

Fascination, baby observation, psychic retreat, erotization, knowledge.

Introducción

El objetivo de nuestro trabajo es describir las particularidades del vínculo de una mamá y su bebé y las vicisitudes que tuvo la función de la observadora. En el proceso de evolución de la observación queremos referirnos a los fenómenos de la *fascinación*, la sorpresa y el desconcierto que descolocan a la observadora impidiéndole pensar. Cuando la mirada “fascinada” se transmuta en mirada de “búsqueda de conocimiento”, asistimos a la recuperación de la *capacidad de pensar*. Este segundo momento no sólo rescata a la observadora, también sirve de modelo introyectivo para la mamá.

Sobre esta misma observación escribimos un artículo (Neborak *et al.*, 1999) en el que hicimos hincapié en los interrogantes técnicos. En aquel momento, estábamos interesadas en cuestionarnos las dificultades técnicas con las que nos topábamos, para compartir nuestras dudas e ir correlacionando la teoría y la técnica de la observación de bebés con el método de E. Bick (Magagna, 1997).

En este trabajo nuestro vértice es otro: buscamos en la teoría kleiniana y en los autores neokleinianos modelos de pensamiento que nos sirvieran para conceptualizar los hechos de observación. El concepto de Bion de *terror sin nombre* (1962) nos resultó útil para examinar sus vicisitudes –posibilidad de narrativización, pérdida de la nominación– en el camino, por momentos paralelo, entre las defensas de la mamá y la imposibilidad transitoria de la observadora y a veces también del grupo, de recuperar la función simbolizante. Asimismo, encontramos apoyo en la idea de *refugios psíquicos* de John Steiner (1997), sobre todo en su vertiente de santuario idealizado y placentero, para pensar la red defensiva en la que nos encontramos a menudo capturadas. Partimos de una primera evidencia: nuestra disponibilidad para dejarnos fascinar. Pensar y escribir juntas fue de extraordinaria importancia en el viraje hacia el vértice del conocimiento.

Desde el comienzo de esta observación, iniciada cuando Marcos tenía 50 días, la observadora, Martha, transmite al grupo el efecto de fascinación estética que le produce María, la mamá, y que se extiende al entorno, donde tienen lugar las observaciones y muchas veces al vínculo entre María y Marcos. Impactada quizás por el hecho de ser María caribeña, ya en la primera entrevista surgen en Martha imágenes de pinturas de Gauguin, ante la visión de esta mujer joven y atractiva, que la recibe son-



riente, vestida con ropas largas y livianas en pleno invierno, calzada con chinelas, el pelo castaño suelto y revuelto. La describe como “bella en su tosquedad y en su fuerza”. El luminoso living-room, del piso 16 del edificio donde Martha es recibida, se prolonga en una amplia terraza con una vista deslumbrante hacia campos de golf. Esta cualidad de *mirador* de la vivienda se une a la colorida decoración de los ambientes configurando para la observadora una fuerte estimulación visual. Esta impresión se reitera cuando entra al cuarto de Marcos, abarrotado de animalitos de peluche, juguetes y móviles, pero todo organizado en un equilibrado orden. Como si se tratara de una *boutique*, los placards, con las espejadas puertas corredizas abiertas, dejan ver apiladas graciosamente las ropitas de Marcos.

Este envolvente clima plácido y seductor no le impide sin embargo a Martha, en estas primeras observaciones, registrar varias alusiones verbales de contenido *siniestro* pero ubicadas *lejos*, allá en su tierra: la perrita querida que María llevó en su último viaje y fue arrollada por un coche cuando su madre la sacó “a hacer pis”; las referencias que esta mamá hace del parto por cesárea: “...mirá, somos millones de personas, no se puede esperar un trabajo de parto de 12hs. Allá todo es rápido, lo llamamos el ‘matadero’, las mujeres acostadas una al lado de la otra, esperando que las corten.. Es así, pero yo no quería de esa manera”. En la segunda observación le llamó la atención a Martha la invasora presencia de la televisión encendida a todo volumen que mostraba la trágica muerte de dos políticos venezolanos. Durante toda la hora, María no pudo dejar de mirar el noticioso como hipnotizada.

Otro efecto, que adjudicamos en el grupo al particular clima emocional entre María y Marcos durante la tercera observación, fue la ocurrencia contratransferencial de Martha que se preguntó si ella habría sido tan afectuosa con sus propios hijos como esta mamá con su bebé. Nos pareció que la idealización que producía en la observadora la relación a la que asistía la llevaba a tener esta “**contratransferencia autorreprochante**”, como si estuviese ante un ideal del yo inalcanzable.

Primeras observaciones

Mirando retrospectivamente, nos parece ahora que todo el grupo de discusión participó en el comienzo del clima de seducción que generaba la relación de esta mamá tan suelta corporalmente con este bebé, “el más lindo del mundo”. La inclusión de la observadora se hizo “sin drama” como decía María. Martha era eufóricamente recibida con grandes exclamaciones “¡Llegó la tía Martha! ¡Llegó!”. Desde el inicio, María se preocupó mucho porque Martha pudiera realizar su tarea sin interferencias y que las anticipadas ausencias por los viajes a Venezuela a visitar a la familia no perjudicaran su labor. Sólo en la primera entrevista, María pudo mostrar que tenía ansiedades ante la nueva experiencia de embarazo-parto-crianza, a través de la mención de la muerte de la perrita y de sus propios temores de muerte al aludir al “matadero”. También fue la única oportunidad en que se mostró necesitada cuando, en el momen-



to de la despedida, le contó a Martha que se había analizado durante un año en Caracas y que le gustaría tratarse en Buenos Aires. En esa ocasión le pide a la observadora que le recomiende a alguien de su cobertura médica. Nunca después, en ninguna de las siguientes observaciones, María volvió sobre el tema. ¿El pedido de ayuda psicoterapéutica incluía la pregunta tácita que se podría estar haciendo María acerca de como se hace para criar un bebé? Sobre todo cuando su propia mamá está ausente y no encuentra en sí misma una cuidadosa mamá interiorizada que la ayude. A partir de ese momento María se mostró empapada de una cualidad de autosuficiencia. Nos llamó la atención que no manifestara las habituales dudas e incertidumbres propias de una primípara que debe criar a su bebé lejos de su familia.

Otra peculiaridad de la primera entrevista fue que el papá de Marcos, que se había comprometido a participar no apareció y en los primeros 7 meses de observación Martha no lo vio nunca. Apenas si aparecía mencionado por María, tan poco, que en algún momento jugamos con la fantasía del papá-fantasma. En todo caso, cuando María lo mencionaba era para ubicarlo en un lugar depreciado: Marcos tenía cera en los oídos porque el papá se duchaba con él. O en otra ocasión cuando afirmó: “Conmigo se queda bien, pero con el papá no se siente seguro.”

La creación de un paraíso

La tarea del grupo con la observadora fue reconocer las ansiedades de muerte de esta mamá que, aunque escindidas y proyectadas lejos, tenían nombre: “matadero”, “muerte accidental de la perrita en un descuido”. Por lo tanto pensamos que al comienzo la madre, con una incipiente capacidad de *revêrie*, registra el **terror** a la muerte, tanto el propio como el que Marcos le identifica proyectivamente. Pero en la segunda observación notamos un cambio. Podríamos decir que el **terror** que encontraba una versión narrativa en las historias del matadero y la perrita, **fue perdiendo el nombre**. María erigió intensas defensas para evitar pensar y concomitantemente en el grupo quedamos atrapadas, sin poder pensar nosotras tampoco claramente, prisioneras de cierta fascinación sensorial y estética. Nos llevó un tiempo rescatarnos y vinculamos entonces la angustia de muerte con una defensa particular consistente en la creación de un universo mágico. Un nuevo “útero” atemporal era garantía de que el terror queda afuera y con él toda una gama de emociones propias de la relación mamá-bebé, bebé-mamá: odio, impaciencia, desconcierto, agobio. Pensamos que el mito del Edén, el paraíso terrenal, podría darnos un modelo para reflexionar acerca de esta etapa de la observación.

La idea de “refugios psíquicos” de John Steiner (1997) nos pareció útil para conceptualizar el sistema de defensas en el que por momentos todo el grupo se encontraba aprisionado: “Un lugar donde se busca una tregua para la ansiedad, cosa que se consigue separándose el individuo en mayor o menor medida del contacto con la realidad. A veces el refugio es vivido como un lugar cruel... pero con mayor frecuencia



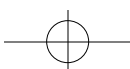
es idealizado y queda representado bajo la forma de un santuario ideal y agradable” (p. 23).

Vamos a tomar de nuestro trabajo anterior una parte del material de la tercera observación, cuando Marcos tenía 2 meses y 16 días. Entonces dijimos que esta observación, que Martha denominó “los baños”, significó un punto de inflexión para nosotras. La emoción sorpresa fue un primer indicador que junto con la idealización inducida en la observadora funcionó a modo de *hecho seleccionado* que nos guió en la elaboración de los hechos.

La observadora es invitada a pasar porque se va a bañar a Marcos. Siente que es el cortejo de una mamá majestuosa, una reina portadora de su príncipe.

“Veo que está todo preparado, el cambiador y a un costado todos los elementos que va a utilizar: pañales, distintas cremas, aceites, batitas, etc. Pero me sorprende cuando María acuesta al bebé en el diván, no en el cambiador, y mientras le conversa abre ampliamente sus piernas abrazando con ellas el mueble. Parece cómo da en esta posición y mientras se acomoda veo que se mira una uña preocupada de que se le hubiera saltado el esmalte.....” “¡Hizo cocó, Martha! ¡El bebé hizo cocó!”. Marcos está contento y plácido. Mientras le saca la ropa le va contando lo que hace, lo da vuelta y el bebé se ríe. Marcos está desnudo. En ese momento me pregunta: “¿Conoces este libro?”. Me lo alcanza. “Todo lo que dice ahí pasa con Marcos”. Hojeo brevemente el pesado libro escrito por un autor venezolano que no conozco, con lindas fotos de bebotes y en general indicaciones de puericultura. Mira a Marcos y le dice: “¿Vas a hacer pis?”. “Me preparo”, me dice, “siempre me moja; cuando le quiero poner el pañal, hace pis”. Lo higieniza. Entonces, cuando yo esperaba que lo llevara al baño María se ubica de nuevo con las piernas abrazando el diván y con una gran calma inicia una serie de masajes sobre el cuerpo de Marcos. Toma la crema y como si fuera un ritual comienza lentamente a masajearlo desde los dedos de los pies subiendo luego parsimoniosamente por el cuerpo del bebé. Mientras lo masajea le canta una canción que desconozco. Tiene una voz agradable. Es en ese momento en que pienso si yo habré sido tan afectuosa con mis hijos como esta mamá. Marcos dice “eee” y se ríe moviendo las manos. María le masajea la panza, alrededor de los genitales, los brazos y las manitas. Lo levanta tomándolo de ellas y lo hace sentar suavemente. Continúa masajeando parsimoniosamente el pecho, el cuello y la cara. Se la toma con sus manos y la besa mientras el bebé se ríe. Masajea nuevamente los pies, los deditos. Lo levanta y me invita a seguirla al baño”.

La emoción sorpresa es la primera reacción contratransferencial de la observadora frente a la posición corporal de María, que abraza con sus piernas abiertas al diván con el bebé. Vuelve a experimentar el mismo sentimiento cuando Marcos desnudo no





es conducido al baño. Desvestirlo y limpiarlo eran los prolegómenos de la prolongada sesión de masajes, que no le es anunciada a Martha. Esta pasa de la sorpresa a la idealización inducida en el momento en que se recrimina no haber sido tan afectuosa como María con sus propios hijos. No puede pensar que la relación con los hijos incluye toda la gama de los afectos, invadida sensorialmente como está por la escena del baño de masajes, mimos y palabras que se despliega ante sus ojos. Nos pareció que había una cualidad erotizada en la relación, que, junto con cierto aspecto exhibicionista de toda la escena, nos hacía evocar imágenes de una pareja de novios. También pensamos el autorreproche de Martha como proviniendo de la situación de ser ubicada y quedar inmovilizada en el lugar de la voyeurista de una escena amorosa donde quedan excluidas las emociones agresivas. Este “amor excluyente”, con la simultánea exacerbación de la sensorialidad, nos parece expresión de la ansiedad de esta mamá de experimentar su odio que no debe “contaminar” el vínculo con Marcos. Sin embargo, María produce una suerte de espejismo en la observadora, ya que aparece en todo momento dominando la situación y desplegando su saber sin incertidumbres, como cuando le entrega a Martha el libro donde todo lo que pasa con Marcos “está ahí”. Nos hizo recordar a Juanito, en su vínculo con ese doctor llamado Freud que sabía lo que le iba a suceder aún antes de que ocurriese.

De la escena del baño propiamente dicho sólo destacaremos que Martha observa el intenso placer de Marcos en el agua, en la que se mueve sin ansiedad y con soltura. La bañadera está ubicada frente a un gran espejo y en un momento la observadora, la mamá y el bebé se ven reflejados simultáneamente. Ante esta visión, María reacciona diciendo: “Conmigo se queda bien, pero con el papá no se siente seguro”. La visión de un tercero, en este caso la observadora, parece despertar su rivalidad y necesita hacer esta observación inhabitual que introduce al padre para excluirlo.

Nos resultó interesante la sugerencia de Isabella Ghigi (1999), que en un diálogo epistolar a propósito de este material nos escribió que “las defensas que nos parecían erigidas frente a ansiedades de destrucción podrían ser defensas frente a un estado de odio tan intenso que sólo se lo puede tratar de **anular** a través de las **defensas amorosas, de la escalada de sensorialidad** o de la **proyección en un marido incapaz**” (*resaltado nuestro*). Nos parece que esta observación que acabamos de transcribir es una muestra elocuente de la erradicación por parte de María de toda emoción hostil, de cualquier grado de ambivalencia.

Décima observación a los 4 meses y 24 días. De los primeros dientes a la hiperestimulación

De esta observación, que se desarrolla dos semanas después de la anterior, por un viaje a Venezuela de la familia, transcribiremos la última parte. Durante el inicio de la observación, Marcos a quien le han salido dos dientitos, está sentado en la sillita alta. La mamá le ofrece papilla pero Marcos la rechaza; en cambio repara en la obser-



vadora y vuelca toda su atención sonriente en ella. María alza a Marcos y se lo ofrece a la observadora. Esta se siente insegura y le parece que su posibilidad de comunicación con el bebé es poco rica. Sin embargo, ambos mantienen un intercambio de miradas y sonrisas, y una tranquila “charla” en un clima de calma alegría. La observadora devuelve el bebé a su mamá. María cuenta que cuando descubrió los dientes en las encías de Marcos, telefoneó a una amiga que tiene una beba de 7 meses, a la que aún no le salieron, a la que dejó **estupefacta**. Luego, la mamá anuncia que va a cambiar al bebé, pero en su lugar inicia una prolongada serie de mimos.

Al escuchar este material en el grupo pensamos que el contacto de María con su bebé no es de genuina intimidad. Más bien constituye un contacto sensorial con una cualidad exhibicionista. A pesar de su sonrisa, creemos que María no toleró la visión de Martha con el bebé. Se defendió de lo que veía, primero con la reacción de rivalidad y menosprecio hacia la beba desdentada de su amiga. Pero ser espectadora del vínculo tranquilo y confiado de Marcos con la observadora quizás la deprimió, ya que reaccionó con defensas maníacas transformando el bienestar en excitación y en triunfo sobre el tercero, que en este caso eran Martha y la amiga, como en el ejemplo anterior fue el marido despreciado. Nos resulta llamativa su capacidad de hacer sentir a la observadora poco creativa, de generar competitividad. Pensamos que se maneja con identificaciones proyectivas intrusivas que logran que Martha se sienta menos rica en su relación con Marcos y no valore adecuadamente el clima de intercambio sereno que este bebé es capaz de desarrollar cuando se encuentra con una “partenaire” a la que no le asustan los vínculos de intimidad. Pensamos que María se vale de la sorpresa que logra provocar reiteradamente en la observadora para hacer efectiva la penetración de sus identificaciones proyectivas.

Vamos a transcribir un momento posterior de esta observación. Ahora Marcos está siendo cambiado en el diván mientras muerde una bolsita de algodón:

“Mientras Marcos continúa mordiendo la bolsita inicia un leve lloriqueo. Se le cae la bolsita y llora más. “Llora porque está acostado”, comenta la mamá. Lo termina de cambiar. Constata que el buzo no esté húmedo y le pone el pantaloncito. Luego toma un juego tipo móvil de gran tamaño y lo pone encima de Marcos, a la altura de su cintura. Se trata de un columpio de madera de unos 70 cm. de ancho del que cuelgan llaves, ositos, jirafas y otras formas geométricas de plástico. Todo es de fuertes colores primarios (azul, amarillo, rojo). María toca un botón del monitor y se escucha música de organito. Ni bien le coloca el juego, Marcos inicia una serie de movimientos. Levanta las manos y choca con ellas las llaves y las otras figuras produciendo un intenso ruido que se superpone al de la música del organito. El bebé mueve sus brazos cada vez más rápido haciendo chocar las llaves. Al mismo tiempo mueve las piernas. Está cada vez más agitado, su respiración es entrecortada, el bochinche arrecia. Marcos mira como hipnotizado el móvil. Mira en



particular a un monito que luego veo que es musical y que además de moverse le titilan los ojos con dos lucecitas. La mamá le alcanza uno de los móviles que tiene una agarradera. Si el bebé tira de ella, la jirafa mueve los ojos. Aunque me parece que este movimiento Marcos aún no lo puede hacer, María intenta que tome la agarradera y busca “enseñarle”. Marcos no responde al intento materno pero está cada vez más excitado, no le quita la vista al monito mientras sigue haciendo chocar los móviles con el movimiento de sus brazos un largo rato. María toma un tigreito de peluche y lo pone sobre el columpio tratando de captar la atención del agitado Marcos. El bebé no presta atención al tigreito mientras continúa moviendo frenéticamente brazos y piernas mirando fijamente al monito de los ojos que titilan.

Esta secuencia contrasta fuertemente con una observación reciente durante la cual Marcos desde la cuna miraba tranquilo, sin agitarse, un móvil con animalitos fijos de colores pastel, que giraba lentamente al compás de una suave música navideña.

Luego María sale y vuelve con una taza de té y dos pastelitos que me ofrece. Me dice que ya tiene azúcar y me pregunta si quiero más. Me llama la atención que me tomo la taza de té cuando jamás la bebo azucarada porque no me gusta nada. ¡Hasta me parece rica! María me dice que es té que trajo de Caracas. Marcos continúa fascinado moviéndose frenético y mirando absorto el juguete, ajeno a nuestra presencia.

Confirmamos la próxima visita y me despido. Me fui con pena, identificada con Marcos al que sentía atrapado en esa plétora de estímulos sensoriales”.

Nos parece que esta secuencia es suficientemente expresiva por sí misma, de la intolerancia de María al acercamiento de una tercera persona, la observadora, a “su bebé”. A pesar de que ella misma le ofrece el bebé a Martha, toda la observación sigue un ritmo “in crescendo” hacia la hiperestimulación. Del bebé vivaz pasamos al Marcos sobreexcitado por los ruidos, las luces intermitentes, los colores fuertes como si de repente lo hubieran metido en una discoteca. Ya no responde con risas, parece desmentalizado, ha perdido la posibilidad de vincularse con seres vivos (su mamá, la observadora). Sólo queda un bebé capturado por una macrodosis de estímulos sensoriales a los que responde con sucesivas descargas motrices incoordinadas, mientras queda “colgado” con su vista del juguete mecánico que emite luces. Nos recordó a las convulsiones con que cientos de chicos en Japón respondieron ante una serie de dibujos animados por TV, colmados de estímulos luminosos fugaces y reiterados, de colores violentos.

Pero también este final de la observación parece haber tenido su efecto en Martha,



que aparece atrapada por una parte de la personalidad de María que la sugestionada de tal modo que le hace “gustar” el té-melaza que habitualmente la empalagaría. La dulce bebida que sale de sus pechos-masitas redondas es también “la mejor del mundo” para la observadora, que cuando logra tomar alguna distancia emocional se vuelve a sorprender. Tanto ella como Marcos han concluido la observación atontados y confundidos, pero Martha se rescata a último momento y se va con un sentimiento doloroso de pena por el bebé, que ha respondido desmantelándose ante la ininterrumpida seguidilla de estímulos.

Observación del 20 de agosto de 1998. El bebé tiene 5 meses y 29 días. Todavía hay más sorpresas...

“Cuando llego, el bebé está en los brazos de Rosita (la empleada). Es la primera vez que me mira de manera franca, de arriba abajo. Luego mira por el balcón. Rosita le habla cariñosamente y él sonrío. Minutos después entra María (su madre) y desde la puerta le habla y lo saluda cariñosamente. El sonrío y contesta con un “oooo” y “eeeeee”. Lo toma en sus brazos y le dice frases cariñosas en voz alta. Marcos está complacido. Luego lo para sobre el piso frente a mí y le hace cosquillas. El bebé se ríe con ganas. Se mueve como queriendo dirigirse a la mesa. La mamá lo pone sobre la alfombra boca abajo. El mueve las piernas queriendo desplazarse. Se apoya con fuerza sobre los brazos y las palmas de las manos. “¡Fuera!” le dice María y lo anima. El bebé hace esfuerzos pero no logra desplazarse. María lo ayuda. Ella hace ruiditos y él se ríe. “Lo voy a bañar”, me dice. Antes le pone una media a modo de señuelo, pero Marcos no la alcanza. Le pone juguetes coloridos. Marcos no logra todavía coordinar la panza con las piernas. Lloriquea. María le da una indicación a Rosita, mientras ella va a preparar el baño. Vuelve Rosita con un nuevo juego. Es un auto de plástico en el cual lo sienta a Marcos. Sus piernas quedan colgando a ambos lados, como en una bicicleta. El auto tiene como una consola con cuentas de colores dispuestas de manera diferente. Rosita lo incentiva y Marcos las mueve.

Está bien sentado sin caerse para adelante como en otras observaciones. Está entretenido, pero no se lo ve excitado. Rosita le muestra otras posibilidades de juego, pero él sigue con las que había elegido. Continúa así unos minutos y luego toma la mano de Rosita y le muerde los dedos. Ella le vuelve a mostrar las cuentas, pero él sigue con su mano. Ahora le chupa la mano. Luego se empieza a interesar nuevamente en las cuentas. Se lo ve entretenido.

Llama María y Rosita lo lleva a bañarse. La sigo, pero me asombra que me conduzca al cuarto de baño de los padres y no, como otras veces, al del bebé. Antes de entrar, pregunto si puedo pasar y María me dice que sí, que pase. Cuando entro advierto que María está en la bañera tomando un baño de inmersión, desnuda, con Marcos en sus brazos. Me invita a sentarme sobre la tapa del inodoro, próximo a



la bañera. Me siento impactada. Respondo automáticamente a su invitación.

Ambos parecen plácidos. María desplaza a Marcos por el agua y me comenta que a veces lo amamanta allí. Varios juguetes flotan en el agua. Marcos los toma y los mordisquea. El agua se mueve por el hidromasaje. Lo acerca hasta la canilla y Marcos toma de las gotas que caen. Lo toma en brazos y lo baña. Le lava la cabeza. Lo masajea luego con aceite. Lo da vuelta y lo amamanta sobre el lado izquierdo. Mientras Marcos toma la teta le echa agua sobre la espalda. Se escucha el ruido del chupeteo. María comenta que ayer Marcos casi se durmió mientras tomaba.

Marcos continua amamantándose mientras le toca la cara a María. Tiene los ojos cerrados. Se atraganta. Luego sigue tomando. Luego lo saca del pecho y le sigue echando agua y juega con él.

Doy por terminada la observación y me retiro.”

Esta inesperada “invitación” a presenciar el baño de ambos descolocó a la observadora. Se vio envuelta repentinamente en una atmósfera de forzamiento e incomodidad, que no le permitió pensar que podía no aceptar participar de esta situación. Si bien no le impidió observar, lo hizo invadida por contradictorias emociones. El sentirse “obligada” a presenciar una situación de tanta privacidad sin ninguna clase de aviso, transformó a Martha nuevamente en involuntaria *voyeur*.

Aquí nos dimos cuenta de la importancia que tuvo la contención ejercida por el grupo, tanto para lograr metabolizar las emociones que no pudieron procesarse durante la observación, como para disponer de un espacio para pensar acerca de la experiencia.

De alguna manera, Martha sólo pudo transmitir “evacuativamente” su experiencia al grupo, haciendo activo lo que había vivido pasivamente, creando inicialmente un clima de estupor en los demás integrantes. Pero también pudo poner en palabras sus emociones (vergüenza, pudor, autocensura, temor al reproche del grupo) que habían quedado en buena medida inexpresadas para ella misma, y decirse que, de haber sido avisada, no hubiera aceptado observar el baño de la mamá con el bebé. Todo esto generó en nosotras interrogantes que condensamos en la pregunta: ¿qué hacer frente al hecho imprevisto que impide pensar al observador y produce “rupturas del encuadre” de nuestra tarea?

Nuestro marco teórico nos sirvió para pensar que Meltzer (1974), retomando las ideas de Bion, muestra cómo la sensorialidad puede ser usada con el fin de eludir la posibilidad de pensar, mediante la excitación. Nos parece que esta es la defensa que



utiliza María: una verdadera “escalada sensorial”, para no pensar ni sentir las ansiedades del vínculo con Marcos, y a la vez impedir pensar a la observadora.

David Liberman (1970-71) refiriéndose a la “persona demostrativa” (carácter histérico), afirma que estas personalidades transmiten sus mensajes con la palabra, con el cuerpo y con la acción. Sus “actitudes rencorosas y vengativas están muy ligadas a los celos con respecto a personas del mismo sexo... que se encauzan por medio de la rivalidad. Los componentes eróticos del Complejo de Edipo se desarrollan por medio de **actitudes exhibicionistas**. Los histéricos tienen la necesidad de llamar la atención en forma permanente, **necesitando un público para cumplir con estos propósitos**” (el resaltado es nuestro). El “público”, en este caso la observadora, quedó atrapada en esta estrategia inconsciente y completó el par necesario: exhibicionismo-voyerismo. Ya Freud (1905d), en sus “Tres ensayos de teoría sexual”, nos advertía que “quién en el inconsciente es exhibicionista, es al mismo tiempo *voyeur*”.

Salida del paraíso o “El paraíso perdido”

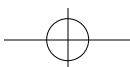
*“...our first two parents, yet the only two of mankind,
in the happy garden placed, reaping immortal
fruits of joy and love, uninterrupted joy,
unrivalled love, in blissful solitude”
(Book III, lines 65-69, J. Milton, The Paradise Lost).¹*

Los prolegómenos de la “salida del paraíso” estuvieron marcados por tres hechos: el retorno al trabajo de María, la mudanza de toda la familia a una casa alejada del centro de la ciudad y el destete de Marcos.

A partir de la observación del baño, el clima idílico, idealizado y erotizado se quiebra abruptamente, dejando entrar la realidad. En la observación siguiente Marcos duerme y María parece esperar ese momento para contarle a la observadora su preocupación por tener que retornar al trabajo en esos días. Revive sus ansiedades de desarraigo y para atenuarlas ha contratado una niñera de su país.

El retorno de la mamá al trabajo configura un momento definitorio, tanto para Marcos como para la observadora. En la primera observación en la que María no está presente, Marcos está a cargo de la nueva niñera y la mucama. La observadora lo ve apático, no responde a los estímulos y no la reconoce a ella. Sin la presencia de la ma-

¹ “...Nuestros padres primigenios, únicos seres humanos sobre la tierra, vivían en el jardín del Edén, cosechando los frutos imperecederos de la alegría y el amor, alegría ininterrumpida y amor sin igual, disfrutando de una maravillosa soledad.”





má la observadora ha pasado a ser una extraña. El clima “ideal”, la pareja “ideal” mamá-bebé no están presentes, y Martha tiene la ocurrencia de estar ante un “paraíso perdido”. Ni Martha ni la mucama simpatizan con la nueva niñera, en quien proyectan lo temible y desconocido. En la observación siguiente hay cambio de niñera y se impone también un cambio de horario de la observación. Del mundo atemporal de María, en el que no “había drama”, se ha pasado a un mundo con mayor conexión con el tiempo y con los requerimientos externos (niñera eficiente). En la observación siguiente, tres días antes de la mudanza, Martha casi no observa evidencias de preparativos en la casa, salvo unos cuantos compactos apilados en el piso y un par de barrales de cortinas retirados. Le parece que “no pasa nada”, que hay una negación de la situación de cambio. María, que en su nueva casa va a triplicar la distancia a su trabajo, no parece darle importancia a este hecho. Ella no hace mención a ninguna emoción frente a la mudanza, que es entonces sólo un “dato de agenda”. Ante la negación de la mamá, son la observadora y Rosita, la mucama, las depositarias de las ansiedades de pérdida por tener que dejar un departamento tan confortable y cercano al trabajo, para ir a una casa mucho más distante y solitaria. Pero llamativamente cuando María quiere darle la nueva dirección a Martha no puede hacerlo porque **no la tiene registrada**. Sólo le puede dar el número de su teléfono celular. Cuando la observadora intenta llamarla como habían quedado, a fines de enero, después de la mudanza y de las vacaciones de la familia, le dicen que el número es erróneo.

Martha quedó entonces sin posibilidades de contactarse con ellos y con una gran incertidumbre. Después de un mes y medio de la última observación, a principios de febrero, recibió un llamado angustiado de María. Le dice que estuvo desesperada por haber perdido su teléfono que acababa de encontrar. Llorando y con gran angustia le cuenta que Marcos enfermó gravemente de “síndrome urémico-hemolítico” durante las vacaciones en el Caribe. Estuvo muy mal y si bien se encontraba ahora fuera de peligro, tanto ella como el papá estaban pasando un momento de grandes ansiedades y temían que Marcos quedara con secuelas emocionales indelebles del proceso vivido. Necesitaba que Martha lo viera cuanto antes. Le pidió por favor que fuera. Pudieron combinar un encuentro para el día siguiente, sábado. La observadora viajaba al otro día para sus propias vacaciones.

Observación de Marcos, del 5 de febrero de 1999 - 11 meses y medio

“Llego a una casa en las afueras de la capital en un barrio residencial muy custodiado. En el living está Marcos junto a su padre. Yo no lo veía desde hacía dos meses. Lo noto más delgado y al mismo tiempo tengo una sensación de tiempo detenido, porque lo encuentro de la misma altura que cuando lo vi la última vez. Me parece que no ha crecido. El bebé me mira con una expresión de curiosidad. María me cuenta las vicisitudes de la enfermedad. Estuvo gravísimo, en terapia intensiva durante 15 días con riesgo de muerte o de graves secuelas renales. En la actualidad se está recuperando, y parece no haber quedado con secuelas físicas. Una uró -



loga está haciendo el seguimiento y los estudios muestran una franca mejoría. Pero ahora el problema es que tanto ellos como el bebé están muy asustados. Marcos duerme mal, se despierta con pesadillas, y aún no camina solo. Mientras los padres me relatan esto, Marcos da vueltas alrededor de la mesa tocando todos los adornos, cada vez más inquieto. El padre lo toma en brazos. María dice que no saben qué hacer. Cada vez que el bebé ve a alguien con guardapolvo, se aterroriza.

Me miran angustiados e interrogantes. Temen que esta pesadilla se repita. Nunca imaginaron que esto le pasaría a su bebé. Tengo en cuenta que no es una observación como las otras y les comento que tienen que tener en cuenta que la recuperación física suele ser más rápida que la recuperación emocional.

Me preguntan “¿Qué es lo que podemos hacer? ¿No lo podemos ver así. ¿Cómo sufrió cuando lo pincharon! ¡15 días en terapia intensiva! Con tantos médicos que lo revisaban..!”

Frente a la angustia y el desamparo de esta familia, con escasos vínculos en nuestro país, decido mantener una conducta activa. Se me ocurre proporcionarles un modelo propio. Les cuento que yo tuve una experiencia parecida con una hija mía que padeció una gravísima neumonía y que también debió estar en terapia intensiva durante 15 días. Cuando volvió a casa se había olvidado de caminar y apenas gateaba. Ella me “enseñó” a ayudarla. Una tarde empezó a pincharme y a meterme a la fuerza una cuchara en la boca; yo tenía que estar acostada sin moverme. A partir de este episodio armé una caja con algodón, jeringas y botellitas. Jugábamos a que me curaba y yo la curaba a ella y de a poco fue participando el resto de la familia. Este juego favoreció su recuperación me permitió explicarle lo que le pasó, por qué la pincharon, por qué tenía que estar acostada. Le pude dar así una versión diferente acerca de los médicos y de las enfermeras que la habían ayudado a curarse.

Les dije que ellos podrían pensar en algo parecido, que el hecho de organizar un juego de acuerdo a lo vivido les daría la posibilidad de crear una versión distinta de cómo Marcos, sus padres y el equipo médico colaboraron para ayudarlo a curarse. Mientras hablábamos de esto, el bebé se fue acercando hasta donde yo estaba, tomándose con una mano de mi pierna y con la otra haciendo gestos que acompañaban un “discurso” en un tono de enojo y reclamo. Les comenté a los padres que Marcos parecía entender que estábamos hablando de él y de su enfermedad.

Ellos se interesaron por la sugerencia y decidieron ponerla en práctica. Di por terminada esta particular observación-intervención.

Antes de irme María quiso mostrarme la casa y al salir a despedirme encontramos



a Marcos y a su padre escuchando música de salsa. Ella se les unió y comenzaron los tres a moverse al compás de la música. Los dejé bailando.

Al regresar de mis vacaciones, un mes después, hablé por teléfono con María y me dijo que Marcos estaba muy recuperado, que habían podido ayudarlo y que estaba muy contenta y agradecida.

Seis meses después, en la última observación que hice de Marcos, María me contó que al principio de mis visitas ella no entendía por qué yo no hablaba. Más adelante fue dándose cuenta de que el hecho de que yo observara con tanta atención y continuidad todo lo que hacía el bebé le proporcionó una gran tranquilidad respecto al desarrollo de su hijo.”

Epílogo

Melanie Klein plantea en “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” (1946) la puesta en juego de los mecanismos de escisión, idealización y negación de la realidad interior y exterior, como defensas tempranas en la mente del lactante. La idealización está ligada a la escisión del objeto, ya que se exageran los aspectos buenos del pecho como salvaguardia contra el temor del pecho persecutorio. El objeto excesivamente malo no sólo es mantenido separado del objeto extremadamente bueno, sino que su misma existencia es negada, y junto con ella toda la situación de ansiedad y frustración a que da lugar. La negación de la realidad psíquica se vuelve posible mediante los fuertes sentimientos de omnipotencia propios de la mente del bebé.

Nos parece que dos tipos de hechos pudieron confluír para que estos mecanismos cobraran fuerza en la relación de María y Marcos. Unos corresponden a la realidad exterior: la instalación en otro país por razones laborales, el consiguiente desarraigo, la lejanía de los lazos familiares y la exigencia de nuevas y múltiples adaptaciones. Otros pertenecen al mundo interno y al modo singular de tramitar las ansiedades de muerte. Ambos tal vez tuvieron que ver con la creación de esa “burbuja erotizada”, donde sospechamos que la mamá y el bebé se pudieron sentir a salvo de todo peligro.

Como mencionamos más arriba, John Steiner describe un tipo de retraining defensivo que denomina “refugio psíquico”. Su idea nos es útil para pensar que María y Marcos “construyeron” un refugio mental, su santuario sensorial que les proporcionaba una protección frente a las ansiedades, y frente a la realidad exterior vivida como tan amenazadora, aunque llegara filtrada por la virtualidad del televisor que presentificaba imágenes de muerte de su país lejano. Afirma Steiner que estos refugios se dan en diversas patologías psíquicas pero también en situaciones normales o neuróticas, **cuando se pasa por periodos de gran stress**. Dedicó un capítulo de su libro a los dos tipos de organizaciones patológicas que describe en “Edipo Rey” y “Edipo



en Colona". Afirma que Edipo al final de su vida se relaciona con la verdad de un modo que "consiste en **retirarse de la realidad y dirigirse hacia la omnipotencia**" (resaltado del autor) (p. 199). Encuentra que se trata de un refugio psíquico usado como defensa contra su ansiedad y su culpa. Usa mecanismos tales como "hacer la vista gorda", que le sirven para dejar fuera de la vista algún hecho y que le permiten saber y no saber en forma simultánea, como ocurre en las perversiones. De hecho, este mecanismo puede ser considerado como una perversión de la verdad que es distorsionada.

No sabemos si el refugio psíquico que construye María con Marcos está vinculado con sus relaciones de objeto primarias, o es producto de la lejanía de vínculos contenedores, en este momento tan difícil como es la crianza de su primer bebé. Sí sabemos que pudimos observar una secuencia que nos resultó significativa: en el primer contacto, advertimos ansiedades de muerte expresadas como "el matadero" o la muerte de la perrita atropellada por un descuido de la abuela. En la segunda observación la realidad exterior se introduce invasora a través de la TV con las imágenes del entierro de los dos políticos de su país muertos trágicamente. Pero advertimos que en la observación siguiente, se "cambia de canal" y se pasa a la telenovela de la tarde. ¿Se habrían acercado peligrosamente en la mente de María las ansiedades de muerte y los impulsos agresivos? ¿Tuvo que re proyectarlos instantáneamente para que no contaminaran el vínculo con Marcos? ¿Por qué para esta mamá estos afectos son tan difíciles de tramitar?

En la última observación-intervención, que fue un auténtico S.O.S., aparece en forma dramática todo aquello que se quiso negar: "Lo que salió por la puerta volvió a entrar por la ventana". El terror que tenía nombre y que perdió su nominación y se volvió entonces mucho más amenazador, reaparece como lo más temido que se concretiza en la realidad, configurando el retorno de lo negado.

Conclusiones

Presentamos la observación de un bebé en la que después de una primera exteriorización de la mamá de ansiedades de muerte y desamparo, esta parece armar un "refugio psíquico" post-parto con su hijo, en el que queda incluida de un modo particular la observadora. Pensamos que inicialmente fue una reacción defensiva para eludir las ansiedades del duelo por la pérdida del estado de embarazo, "el-bebé-dentro-de-la-panza-de-la-mamá", un mundo cerrado que se presta a ser idealizado. Este santuario se volvió cada vez más sensorial y erotizado y la observadora fue admitida con la función voyeurista de mirar y admirar, o de espiar, que culminó cuando fue conducida sorpresivamente a presenciar el baño de la mamá con el bebé. Enunciamos la hipótesis de que las defensas que nos parecían erigidas al principio frente a un estado de duelo o a ansiedades de destrucción, tal vez fueran necesarias para anular cualquier sentimiento de odio o de destructividad por parte de la madre. De ahí su ten-



dencia a exhibir una relación únicamente “amorosa” y a proyectar la incapacidad en el papá. Con el crecimiento del bebé y su posibilidad de vincularse independientemente con la observadora, esta defensa masiva se resquebraja. La irrupción de la realidad exterior, cuando la madre tiene que volver a trabajar y al mismo tiempo mudarse de su torre de marfil, tan deslumbrante como aislada, es otro hito en la ruptura de la burbuja defensiva y ofensiva. Queda ligada también a la interrupción de la regularidad de las observaciones y luego a la imposibilidad de reanudar el contacto por los lapsus maternos que la vuelven imposible de ubicar. Sin embargo, pensamos que la actitud interior de la observadora cuando se rescataba de los estados de perplejidad y lograba pensar en lo que estaba sucediendo, pudo ser parcialmente introyectada por la madre.

La relación previa con la observadora permitió que la comunicación se restableciera como pedido de ayuda ante las poderosas ansiedades despertadas en la familia por el síndrome urémico-hemolítico que padeció el niño y sus consecuencias emocionales. La observadora tuvo que tomar una rápida decisión sin el acompañamiento del grupo (estábamos de vacaciones). Intervino conducida por su experiencia profesional y su intuición. La gratitud de los padres y el restablecimiento del proceso de maduración del niño parecen avalar su difícil decisión. Por otro lado, la escena del baile nos sugirió una actitud reactiva, una danza ritual de triunfo sobre el dolor y la culpa.

Respecto al comentario de la mamá acerca de cómo vivió ella la experiencia de la observación, nos parece importante destacar su posibilidad de poner en palabras la paulatina introyección de la función de la observadora. Pasó de proyectar en ella una mirada cargada de sensorialidad propia de un *voyeur* ante la que se exhibían mamá y bebé, a lograr concebir la observación como una mirada en busca de conocimiento. María dejó de mostrarse ella misma con sus atributos (bebé), abandonó su protagonismo para identificarse introyectivamente con la observadora que mantuvo a lo largo de toda su tarea una actitud de observación interesada. Este fenómeno nos da una nueva perspectiva respecto a la función del observador como modificador del campo. Desde ya este no fue un objetivo deliberado de la observación, pero sí podemos decir que ha sido un hallazgo con el que nos topamos en este y en otros casos. Nos hace pensar que la observación, aún con su característica abstinerente, puede ser un factor de *prevención* de patologías familiares.

Bibliografía

Bion, W. R. (1962), *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires, Paidós.

Freud, S. (1905d), “Tres ensayos de teoría sexual”, *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Tomo 7.



Ghigi, I. (1999), *Comunicación personal*.

Klein, M. (1946), "Notas sobre algunos mecanismos esquizoides", *Obras completas*. Tomo III. Buenos Aires: Paidós.

Liberman, D. (1970-71), *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*, Buenos Aires, Galerna-Nueva Visión.

Magagna, J.(1997), "Tres años de observación de bebés con la señora Bick", *Revista de APdeBA*, Volumen XIX, números I y II.

Meltzer, D.(1974), *Estados sexuales de la mente*, Barcelona, Kargieman.

Milton, J., *El paraíso perdido*, Vol. III.

Neborak, S.; Fernández, V.; Weis, M. y Reingold, M. (1999), "Fascinación y sorpresa en la observación de un bebé. Interrogantes Técnicos". *Revista de FUNDAIH N° II*. Desarrollo psíquico temprano. Observación de bebés, Buenos Aires.

Steiner, J.(1997), *Refugios Psíquicos*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Recibido: 24 de noviembre de 2003
Versión Final: 10 de agosto de 2004